

# EL MERCANILLE ESPAÑOL.

SUSCRICTION.—Por un mes 15 50 centésimos, por tres meses 1 \$, por un año 15 \$

IMPRESA Y ADMINISTRACION: CALLE DE LAS PIEDRAS NÚMERO 43.

DIRECTOR REDACTOR-D. MANUEL ALVAJEME DE LA OLIVA.

Las solicitudes que se dirijan a ese diario deberán ser firmadas por persona que tenga responsabilidad, con arreglo a la Ley. Avisos hasta las 7.

## Variedades.

### FERIAS Y QUIEBRAS.

Acabaron las ferias. El paseo de Atocha hace ya algunos días que dejado de verse convertido en una especie de Rastro formando una larga calle, dignos así, de tiendas en las que todos los desperdicios de las innumerables prenderías que pueblan a Madrid salían al paso de los curiosos gritando: «quien me compra».

A este espectáculo que dura algunos días y que se repite todos los años se lo llaman ferias.

Es una costumbre tradicional por medio de la que los deshechos de Madrid se remueven y hacen en grupos pacíficos, haciendo una manifestación pública de sus miserias.

Es una combinación de mesas, de sillas, de armarios, de espejos, de cuadros, de vasijas, de lámparas, de telas de cortinas, de alfombras, de tapices, de libros, de estampas, de todos esos objetos en fin con que el hombre necesita llenar el inmenso fardo del equipaje con que está obligado a viajar por la vida.

Es una almoneda al aire libre en que se juntan todos los muebles viejos, todos los objetos gastados por el uso, devorados por la moda y consumidos por el lujo que todavía se atrevan a buscar salida.

Hay algo en esta exposición de antiguedades que se parece a la exhumación de un cadáver.

Es una especie de desamortización, por medio de la que se sacan a público subasta los restos de esa riqueza mueble arrancándolos de las manos muertas del último siglo.

Per este cementerio de sepulturas removidas y de nichos abiertos se pasea la nueva multitud examinando los despojos de la multitud antigua.

Parce que nuestros abuelos intentan la última liquidación, como si quisieran cortar cuen- tas con nosotros para retirarse definitivamente del comercio del mundo.

Pero en rigor la feria de Madrid no es más que la fiesta de los prenderos, y más bien un pretesto de que se valen para que por unos cuantos días tomen el aire los variados surtidos que pasan el año sepultados en la lobregu estrechez de los almacenes.

Si no se explica así, la feria es absurda, por la sencilla razón de que en Madrid todo el año es feria porque aquí ha llegado el comercio a la plenitud de su desarrollo.

Precisamente en estos momentos la feria es universal.

Apenas hay un mueble, una alberca, un objeto de más o menos lujo que no se meta por los ojos gritando: «quien me compra»?

Pocos hombres a estas altas horas no se habrán hecho a la calle diciendo: «quien me elige?

Apenas habrá mujer medianamente hermosa que con una mirada o con una sonrisa no diga: «quien me quiere?

Hoy mismo, hay algún español que no busque quién lo quiere?

El mundo ha venido de feria a convertirse en un mercado permanente y la humanidad desestancada por las corrientes impetuosas del siglo ha entrado en circulación: el hombre ha venido a ser una mercancía.

Traté con una palabra que todavía suena mal en nuestros oídos por uno de esos enfados efectos de la costumbre; una preocupación que al fin acabará de disiparse luego que penetremos seriamente en toda la profundidad de su sentido.

## FOLLETIN.

### LOS MISERABLES DE ESPAÑA

#### SECRETO DE LA CORTE.

#### NOVELA DE COSTUMBRES

Original de la Señora Doña Faustina Saenz de Melgar.

#### TOMO segundo.

#### TERCERA PARTE.

na, aquí todos te conocen y se proponen atormentarte!....

—Eso no es generoso, bella cartaginesa, añadió fray Severo: atormentar a una dama cuando sufre, no es propio de almas elevadas con la tuya.

—Mil gracias por el cumplido, bien frágil; palabras son esas muy raras de escuchar en boca de un miserabil.

—También me insultas gracioso te hemos ofendido!....

El marqués la miraba estatíco; ella, mirando a los dos caballeros con desprecio, se volvió hacia Cristina.

—Te arquerás, dijo, de la noche en que murió la condesa de Paraná, marquesa de Blancarosa?

—La tengo bien presente, murmuró la interpelada con voz sombría.

—Y bien: no te recomiendo su hija, su dulce Alejandrina, entonces una niña que, a falta de su madre, buscaba tu amparo generoso?

—Es verdad: quiso me querer decir?

—Desear preguntarte, ¿quién has hecho de aquella niña? La súplica de una moribunda no convierte ninguna fibra de tu pecho?

—La tuve cerca de mí, cuidándola con esmero hasta que cumplió doce años.

—Hasta el día 17 de 1894, ¿no es cierto?

—Si esa es para nosotros una época muy fatal, en el mismo día nació Alejandrina y su

Todavía nos indigna Judas vendiendo a su divino Maestro, pero el mundo marcha, y dirá llegarán en que se vea claramente que la traición no es más que un negocio.

Traición es una palabra bárbara arrojada en medio de los siglos como un obstáculo pueril al desarrollo de las grandes transacciones del comercio humano.

El comercio es una gran cosa, pero tiene también sus quejas y por una inversión aprieta del orden natural, el comercio no es una soga que se quiebra por lo más delgado, sino por lo más gordo.

Los ejemplares de este caso se repiten con frecuencia y hoy tenemos a la vista un grande ejemplo.

Es un racimo de quejas que se presenta de este modo: la casa Ed. Condó ha suspendido sus pagos; en vista de esto la Sociedad de Crédito en España, no queriendo darse por vencida, parece que ha apelado al heroico recurso de suspender el pago de sus vencimientos.

El empresario del Teatro Real ha echado sus cuentas y viendo que sus fondos se encubrían en la caja vacía de la Sociedad de Crédito en España, ha pensado decir: suspendo las funciones.

Esto ha dejado los ánimos suspensos, han dado en suponer que este suceso es grave cuando en rigor no puede ser más leve.

¿Qué es esto?

Una casa que se unde.

¿Por qué?

Por que le ha faltado el peso de cien millones.

Y aquí empieza la danza, es decir; los negocios, detrás de los que viene la queja, diciendo a todos los que habían agregado sus millones a los millones de D. Fulano: «Señores, la Sociedad se ha arruinado; lo cual traducido al bolsillo particular de cada uno, quiere decir colectivamente: amigos míos, han perdido ustedes cien millones.»

Mientras los cien millones que se buscaban iban a sufrir de otra parte.

Y aquí empieza la danza, es decir; los negocios, detrás de los que viene la queja, diciendo a todos los que habían agregado sus millones a los millones de D. Fulano: «Señores, la Sociedad se ha arruinado; lo cual traducido al bolsillo particular de cada uno, quiere decir colectivamente: amigos míos, han perdido ustedes cien millones.»

El orden económico, digámoslo así, está completamente fuera del orden de la naturaleza, puesto que un bolsillo vacío pesa más que un bolillo lleno.

He aquí una cosa que se desploma oprimida por la irresistible gravidad de cien millones que han desaparecido.

En este mundo tan iluminado por las luces del siglo parece mentira que hayan podido perderse cien millones sin que nadie los vea; sin que el ruido de sus pasos los haya descubierto, sin que la prosperidad que libraron derribando al pasar haya dicho por aquí van los fugitivos.

Cien millones no se pueden perder, como se pierde una ocasión, como se pierde una esperanza, como se pierde la vergüenza, como se pierde una mujer.

Cien millones pueden cambiar de sitio, mudar de bolsillo, pasar de una caja a otra, pero sea donde quiera que estén allí serán cien millones.

Toda queja es una operación por medio de la que el dinero de unos pasa a poder de otros.

¿Qué motivo hay, pues, para alarmarse por que cien millones hayan mudado de domicilio?

Es verdad que diez, o veinte, o cien habrán perdido su fortuna; pero la ley del juego es inviolable, y podemos asegurar que todo lo que han perdido unos lo habrán ganado otros.

El orden de los fractores no altera el producto: la suma total siempre es la misma.

El crédito es la palanca que mueve esta máquina; precisamente lo hemos inventado para que el dinero no pueda detenerse ni un momento en ninguna parte.

Antes de ayer, por ejemplo, había en una caja cien millones de más, hoy resultan cien millones de menos. Esto es natural, querido cien.

Estaba en una calle solitaria; tenía por compañero, a su sombra, que más veces iba de

simple replicar, dijo la marquesa mordiéndose los labios con despecho.

—Tú sabes muy bien que el anterior marqués de Blancarosa, D. Jorge López Mendoza, murió envenenado, y no del cólera, seguía acabas de decir.

—Es la primera noticia que tengo de ese malvado crimen, dijo la marquesa.

—Y Vds., señores, no lo sabían! interrogó la máscara dirigiéndose a D. Alvaro y a D. Severo.

—No, señora, contestaron trémulos y atormentados.

—Es bien extraño por cierto; en fin, proseguiré, dijo la máscara, chispeante de indignación por sus hermosos ojos. El marqués fue atacado del cólera; pero se salvó, estuvo mejor, y como a un cierto punto su convalecencia su inerte, resolvió hacerle tomar un veneno, lo cual ejecutó con la ayuda de un malvado fraile, un sacerdote de la orden de los franciscanos, que lo llevó a su casa, y los sacerdotes ambos sin duda alguna por una tal Cristina, mujer madura en la oreja izquierda por no sé qué historia.

La marquesa, su marido y D. Severo, al ver descubiertos todos sus crímenes y publicados en alto voz en unos salones en donde se hallaba todo lo más florido de la aristocracia madrileña, estaban avergonzados, llenos de terror, y creyendo ver a cada instante que la justicia se apoderaba de sus personas.

—Dios mio!.... murmuró asustado don Alvaro.

La marquesa, sin acabar de perder la seriedad, esclamó:

—Tú quieres sin duda amedrentarnos haciendo eco de ciertos rumores que una dama mal intencionada ha propalado esta noche por aquí siendo por cierto bien poco generoso que la señora de la casa permita semejante maldad, y convido a su magnífica señora a su personalidad, y convidé a su magnífica señora a su personalidad, y convidé a su magnífica señora a su personalidad.

La marquesa, su marido y D. Severo, al ver descubiertos todos sus crímenes y publicados en alto voz en unos salones en donde se hallaba todo lo más florido de la aristocracia madrileña, estaban avergonzados, llenos de terror, y creyendo ver a cada instante que la justicia se apoderaba de sus personas.

—Oh! qué indignación!.... gesticuló asustado don Alvaro.

La marquesa, sin acabar de perder la seriedad, esclamó:

—Tú quieres sin duda amedrentarnos haciendo eco de ciertos rumores que una dama mal intencionada ha propalado esta noche por aquí siendo por cierto bien poco generoso que la señora de la casa permita semejante maldad, y convido a su magnífica señora a su personalidad, y convidé a su magnífica señora a su personalidad.

—Oh! qué indignación!.... gesticuló asustado don Alvaro.

La marquesa, sin acabar de perder la seriedad, esclamó:

—Tú quieres sin duda amedrentarnos haciendo eco de ciertos rumores que una dama mal intencionada ha propalado esta noche por aquí siendo por cierto bien poco generoso que la señora de la casa permita semejante maldad, y convido a su magnífica señora a su personalidad.

—Oh! qué indignación!.... gesticuló asustado don Alvaro.

La marquesa, sin acabar de perder la seriedad, esclamó:

—Tú quieres sin duda amedrentarnos haciendo eco de ciertos rumores que una dama mal intencionada ha propalado esta noche por aquí siendo por cierto bien poco generoso que la señora de la casa permita semejante maldad, y convido a su magnífica señora a su personalidad.

—Oh! qué indignación!.... gesticuló asustado don Alvaro.

La marquesa, sin acabar de perder la seriedad, esclamó:

—Tú quieres sin duda amedrentarnos haciendo eco de ciertos rumores que una dama mal intencionada ha propalado esta noche por aquí siendo por cierto bien poco generoso que la señora de la casa permita semejante maldad, y convido a su magnífica señora a su personalidad.

—Oh! qué indignación!.... gesticuló asustado don Alvaro.

La marquesa, sin acabar de perder la seriedad, esclamó:

—Tú quieres sin duda amedrentarnos haciendo eco de ciertos rumores que una dama mal intencionada ha propalado esta noche por aquí siendo por cierto bien poco generoso que la señora de la casa permita semejante maldad, y convido a su magnífica señora a su personalidad.

—Oh! qué indignación!.... gesticuló asustado don Alvaro.

La marquesa, sin acabar de perder la seriedad, esclamó:

—Tú quieres sin duda amedrentarnos haciendo eco de ciertos rumores que una dama mal intencionada ha propalado esta noche por aquí siendo por cierto bien poco generoso que la señora de la casa permita semejante maldad, y convido a su magnífica señora a su personalidad.

—Oh! qué indignación!.... gesticuló asustado don Alvaro.

La marquesa, sin acabar de perder la seriedad, esclamó:

—Tú quieres sin duda amedrentarnos haciendo eco de ciertos rumores que una dama mal intencionada ha propalado esta noche por aquí siendo por cierto bien poco generoso que la señora de la casa permita semejante maldad, y convido a su magnífica señora a su personalidad.

—Oh! qué indignación!.... gesticuló asustado don Alvaro.

La marquesa, sin acabar de perder la seriedad, esclamó:

—Tú quieres sin duda amedrentarnos haciendo eco de ciertos rumores que una dama mal intencionada ha propalado esta noche por aquí siendo por cierto bien poco generoso que la señora de la casa permita semejante maldad, y convido a su magnífica señora a su personalidad.

—Oh! qué indignación!.... gesticuló asustado don Alvaro.

La marquesa, sin acabar de perder la seriedad, esclamó:

—Tú quieres sin duda amedrentarnos haciendo eco de ciertos rumores que una dama mal intencionada ha propalado esta noche por aquí siendo por cierto bien poco generoso que la señora de la casa permita semejante maldad, y convido a su magnífica señora a su personalidad.

—Oh! qué indignación!.... gesticuló asustado don Alvaro.</p



